

El lacayo de Israel

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Precisamente, cuando su popularidad está en caída libre, tras un discurso de la nación cuajado de un exagerado triunfalismo sólo apto para hooligans y con las encuestas señalando la alta posibilidad de que el Partido Republicano pierda la Cámara de Representantes e incluso el Senado, Trump ha recurrido a una vieja fórmula: buscar un enemigo exterior; en este caso, Irán. Pero esta vez no parece que se trate de una mera operación quirúrgica, como con Venezuela y la captura de un Nicolás Maduro acusado de tráfico de drogas en los tribunales estadounidenses, sino de una auténtica guerra con un estado soberano. Con lo cual, en primer lugar, Washington contraviene la carta de la ONU, algo que al magnate le da exactamente igual; y, en segundo lugar, va en contra de la propia constitución, que señala que, en estos casos, se necesita la autorización del Congreso. No ha habido una declaración bélica como tal, que es lo que hubiera sido preceptivo. Por tanto, Trump no cumple ni la legalidad internacional, realidad a la que estamos habituados, ni la nacional, dentro de esa deriva autoritaria que practica.

Siendo esto bastante grave, lo peor es que estamos ante una ofensiva por delegación, es decir, para salvaguardar los intereses de Israel, no los de Estados Unidos. Ese Trump que se muestra tan implacable con esos dirigentes que no le bailan el agua se convierte en un corderito ante los deseos de Netanyahu, quien parecería realmente que es quien manda en la Casa Blanca como iniquokupa del Despacho Oval. En 2007 los politólogos norteamericanos John Mearsheimer y Stephen Walt escribieron un libro muy esclarecedor: “El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos”. La tesis que defendían, y que sigue siendo perfectamente válida, es que Washington mira más por el beneficio de Israel en Próximo Oriente que por el suyo propio. Y esto es lo que se percibe con mayor intensidad en los dos mandatos de Trump. Aconsejado por Netanyahu, él puso fin al acuerdo nuclear con Irán al que se había llegado en 2015; en junio de 2025 las arremetidas israelíes contra las instalaciones nucleares fueron respaldadas por Washington inmediatamente; y la contienda actual responde, principalmente, a los deseos de Israel de acabar con los ayatolás.

No hablamos de un tema de seguridad de Estados Unidos, como dice Trump, pues Irán no tiene semejante capacidad. En el fondo, ni de Israel, habida cuenta de que siempre ha sido Tel Aviv el que ha atacado primero. Tampoco en el atentado del 7 de octubre de 2023 de Hamás contó con soporte iraní. Incluso, sus aliados en la región, los llamados proxies (Hezbollah, las milicias chiíes de Irak o los hutíes) están hoy en día muy mermados, salvo estos últimos, y nunca han constituido una auténtica amenaza existencial para Israel. Sin embargo, la verdad es que Netanyahu ha visto la posibilidad de poner fin a la república islámica en un momento de enorme debilidad de su gobierno. Es lo que le dijo a Trump en la reunión que mantuvieron el pasado 25 de febrero en la Casa Blanca, iniciadas las conversaciones sobre el programa nuclear con los diplomáticos iraníes por mediación de Omán. Como sucediera la primavera pasada, el primer ministro israelí quiso boicotear las conversaciones e impedir un posible pacto. Y por eso se desplazó a Washington.

Porque el problema no es entre Estados Unidos e Irán. Los iraníes han mostrado voluntad de diálogo incluso tras los bombardeos de junio. Pero eso no le conviene a Netanyahu, convertido en un auténtico señor de la guerra y que ha hecho de ésta su leit motiv para esquivar las responsabilidades judiciales que tiene en su país. Es, por consiguiente, falso que a él o a Trump les interese la libertad y el bienestar de los

iraníes. No, lo que simplemente quieren es un Irán sumiso y que no enrede. Les da igual que sea una tiranía, como fue la del sah. Evidentemente, el ejecutivo iraní es aborrecible, pero no parece pertinente que dos tipos como Trump y Netanyahu hablen en nombre de la libertad. De hecho, hubo un primer ministro iraní, Mohammad Mosaddegh (1951-1953), que impulsó la agenda democrática y lo pagó con un golpe de Estado auspiciado por Estados Unidos y Gran Bretaña.

Ahora mismo la incertidumbre está servida. El asesinato de Jamenei no significa el fin del régimen, pues ya se ha nombrado un consejo provisional encabezado por el presidente, Pezeshkian, del ala moderada. No obstante, la bandera roja, que simboliza la venganza, ondea en la mezquita de Jamkaran en Qom, y los misiles impactan por toda la región. La ofensiva puede unir a gran parte de la población contrariamente a lo previsto, al tiempo que, sin el envío de tropas terrestres y sin una oposición bien organizada y armada, es difícil desmantelar completamente un sistema con décadas en el poder. ¿Basta sólo con el malestar social y el apoyo aéreo? ¿Un desmoronamiento podría degenerar en una guerra civil? ¿Se pueden agravar las tensiones en la zona? ¿Aumentar el terrorismo? Es lo que ahora está por ver.

1 de marzo de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 5 de marzo de 2026, p. 21